

tuvo otro colaborador. Su infancia no se decoloró en las oscuras ciudades corrompidas. Minnie respiró un aire distinto del aire condensado, lerdo, insípido de la vieja Europa. El gran sol de los trópicos la animó con su llama. Minnie es una espléndida florecilla que el astro alimentó con sus rayos y nimbó de oro.



## CAPÍTULO II

**E**n el amplio salón de elevado techo de la calle de Varennes, erguida en el fondo de un gran sillón de tapicería, está sentada madrina con una labor de calceta sobre las rodillas. A través de las persianas semi-cerradas entra un dulce rayo de sol; y, macizo, puesto sobre cuatro columnas de mármol, indiferente á todo lo que le rodea, un vetusto reloj Imperio marca los segundos con recio tic-tac que escande secamente el paso de las horas. Se nota por la estancia un vago olor á espliego, á clausura y á mohó. Pesados muebles de ébano y cobre se anquilosan entre las puertas, incómodos y duros sillones duermen bajo las incoloras fundas. Ni una flor, ni una plan-

ta verde, ni un bibelot. Hay varios candlabros de bronce y unas ruínas de Cartago, labradas en el mismo metal, en las cuales Mario llora impasible. Algunas fotografías amarillentas se decoloran en antiguos marcos. Cuelgan de las paredes severos retratos. Personajes maduros, petrificados bajo sus pelucas, se abisman en melancólicos pensamientos; angulosas damas, de corsés vacíos y diminutas bocas, fingen no enterarse de sus compañeras... Pero sobre el piano, fresca, rozagante, risueña, una encantadora doncella, en traje de baile, de tul rosa, sonríe á la vida... Es la única nota alegre de la densa habitación. De vez en cuando óyese allá en la calle la bocina de un automóvil. Entonces Bobby, el viejo can, entreabre un ojo, dá un sordo gruñido y vuelve á dormirse. Madrina está muy agitada, como se deduce del hecho siguiente: en lugar de proseguir sin intervalos, inmóvil y con los párpados bajos, su invariable labor de calceta, hace de vez en cuando una pausa, levanta la cabeza y deja escapar una malla. Entre los plateados bucles que encuadran su rostro, sus ojos grises, aún vivaces, en lugar de fijarse en la tarea recorren la estancia, buscan el rayo de sol, se clavan en los austeros retratos. Acaso les pidan consejo; pero egoístas

y prudentes, los antiguos magistrados y las damas que fueron sus compañeras, irreprochables, se concentran, en melancólico silencio. Entonces las pupilas de madrina comienzan á vagar, posándose en la dama vestida de rosa. Sus delgados labios se cierran, su barba se estremece. Bajo la severa crujiente seda se encorva su pecho. Y luego, en seguida, las manos laboriosas prosiguen la tarea, y los puntos se suceden bajo los dedos blancos, cuyas articulaciones anudara el reumatismo, y en los cuales brillan muy antiguas sortijas.

Entreábrese la puerta y la imprecisa silueta de la señorita Noemi se desliza por el pavimento encerado. Bajo las cintas que adornan sus cabellos, su rostro ténue parece adelantar unas excusas por no poderse suprimir totalmente. Con el miedo á ser indiscreta, sus facciones se reducen al mínimo. Sus menudos ojos incoloros brillan apenas en el fondo de unos párpados sin pestañas. No tiene cejas ni mejillas. La minúscula nariz se oblicua á la izquierda para pasar inadvertida. Los labios procuran esconderse en una débil sonrisa tímida, y como puede prescindir de barba, no la tiene; es sencillísimo..... Amarillenta, tímida, avanzando á saltos, pronta, azorada y solícita, la señorita Noemi surge, parecida á un humilde pá-

jaro plumado; y es lo cierto que no se hallaría monigote capaz de calificarla de mamífero.

Con voz algo sorda, pero siempre clara, madrina pregunta:

—Diga. ¿Está todo preparado?

Hace un cuarto de siglo ó más, que la señorita Noemi sirve á madrina; pero desde el primer día hasta hoy, si le formulan directamente una pregunta, no puede evitar cierta turbación. La señorita Noemi inclina la cabeza, vuelve á levantarla, tose un poco sonrojándose ligeramente, y por fin, articula con dificultad:

—Sí, señora. Por lo menos así lo asegura Melania.

Lo asegura Melania: restricción prudente ya que, á menos de haber consultado uno de los polvorientos tomos de la añeja *Enciclopedia de la Buena sociedad*, que están alineados en el cuarto verde ¿cómo le fuera posible á la señorita Noemi imaginar los preparativos necesarios para recibir á una chiquilla? ¿Acaso entre aquellas cuatro paredes donde, desde há veinticinco años, viene desmenuzándose día por día su existencia, pudo jamás aproximarse á alguno de esos pequeños singulares monstruos y aprender á conocerles? ¿En la vieja estancia donde los vetustos muebles duermen bajo la mirada impasible

de los muertos, no protesta todo contra semejante suposición, tan loca y difícil de adaptar á aquel ambiente?

Pero madrina frunce el entrecejo é insiste con cierta expresión de descontento en la voz. No es necesario que la señorita Noemi se remita á Melania para cuidados de tal importancia. Melania es una excelente muchacha, de buen carácter y mucho más hacendosa de lo que acostumbran las doncellas de nuestros días; pero no tiene cultura, ni experiencia. En lo que se refiere á los cuidados que necesite Minnie, madrina cuenta especialmente con la señorita Noemi. Sólo por deber asumió la carga que va pesar sobre ella, y si creyó que la llevaría á cabo con esmero exquisito, fué por tener á su lado á la señorita Noemi. Por la dulzura y firmeza de su carácter, por la marcada confianza que sabrá inspirar y aun por su edad, que le hará menos extrañas las cosas de la infancia, la señorita Noemi es lo más á propósito para las funciones educadoras de que deberá encargarse...

La dulzura y firmeza de su carácter... la confianza que sabrá inspirar... A cada una de estas apreciaciones que salen de los labios de madrina, la señorita Noemi hace una débil inclinación á guisa de reverencia. Pero al escuchar lo de la edad «que le hará menos extrañas las cosas de

la infancia», se siente desconcertada. ¿No es su deber desengañar á madrina? No, es imposible que madrina se forje ilusiones. Veamos: ¿madrina quiere imaginar que la señorita Noemi ha sido joven? ¿Niña? ¿La señorita Noemi con falda corta y calcetines? ¿Por qué no imaginarla enamorada?... Pero madrina sabrá á qué atenerse. Al expresarse en aquella forma, lo haría sencillamente con la pretensión de hacer notar á su humilde compañera la excelente opinión que tiene de ella y de sus servicios. La señorita Noemi se confunde en palabras de agradecimiento. Cumplirá como mejor pueda.

Reina el silencio. Luego madrina pregunta:

—¿Vió usted á Orasia?

«¿Vió usted á Orasia?» Solo por el tono que presta á sus palabras, se comprende que tras ellas se esconden designios graves, quizás trágicos. La misma madrina, tan segura de sí misma, no deja de pronunciarlas sin cierta emoción... Sus dedos pararon de hacer calceta. Nótase en su boca un pliegue de inquietud. La señorita Noemi, que no ignora lo que se esconde bajo esta simple pregunta: «¿Vió usted á Orasia?» se apresura á tranquilizarla. Si, la vió después del almuerzo. Fuése á la cocina con el pretexto...

Madrina la interrumpe. La señorita Noemi no necesita pretexto alguno para entrar en la cocina. Investida con el cargo de confianza de señora de compañía, la señorita Noemi está en su lugar en todas las piezas de la casa. No ha menester excusarse en ninguna parte y menos en la cocina; al contrario, entrar allá es deber suyo.

La señorita Noemi se inclina agradeciendo de nuevo... No obstante, gracias á lo acontecido hoy, pensó que sería oportuna una gestión privada... Madrina ha fruncido levemente las cejas, significando que no quiere admitir, cuando menos en teoría, que haya sido necesaria la diplomacia donde el derecho estricto era incontestable; por lo cual la señorita Noemi reduce sus explicaciones y concluye diciendo:—Al parecer Orasia no está mal dispuesta.

—¿Ha tomado ya el café?

Las cejas de la señorita Noemi se hubieran enarcado triunfalmente, si las hubiese tenido.

—Ha tomado el café y le ha puesto azúcar.

Madrina sonríe con aire de condescendencia. Su alivio es manifiesto. Lanza un débil suspiro de satisfacción y prosigue su calceta. Vamos, todo se arreglará mejor de lo que era de temer.

Cuando Orasia, la vieja cocinera, que

entrara al servicio de madrina un año después de su matrimonio, supo que vendría una chiquilla á la casa, dijo en confidencia al cochero que al día siguiente se despediría de la señora. Tal propósito llegó á oídos de la señorita Noemi, quien, azorada por tal responsabilidad, no creyó prudente esconderlo á madrina. Esta, con su mayor altivez, declaró que hartó sabría recibir á la rebelde y que no olvidaría aquello; pero en el fondo de su alma, se sentía de veras trastornada. La perspectiva de un cambio, de una separación, de una ruptura con todo lo que le quedaba de un pasado tan lejano, le oprimía el corazón. Pasó tres noches de insomnio... Su dignidad le vedaba declararlo, aún á la señorita Noemi. En aquel mismo instante experimentaba una íntima y ligera turbación al interrogarla. Pero puesto que Orasia ha tomado su café con azúcar, no hay nada que temer. En ocasiones de graves acontecimientos nacionales ó domésticos, suprime el azúcar; lo hizo el día del asesinato del presidente Carnot. Pero tan solo había renunciado á su café dos veces: cuando murió Clara-Angélica y cuando tuvo madrina la congestión pulmonar.

La señorita Noemi prosigue en tono respetuosamente confidencial:—Melania está convencida de que mientras la niña

no ponga los pies en la cocina todo irá bien.

Madrina mueve la cabeza. Tal movimiento tiene toda suerte de significados. En primer lugar desapruueba rasamente á la señorita Noemi la nueva cita de la autoridad de Melania, que es un tanto negligente; luego, protesta contra la suposición de que la niña del ahijado de madrina, tenga algo que hacer en la cocina; semejante idea es absurda y sólo Melania puede haberla concebido. Pero sobre todo le da á entender que si ella, madrina decidiese lo contrario, no impediría su resolución el temor á descontentar á Orasia. A muchas otras supo ajustar cuentas, incluso á la emperatriz Eugenia, el día en que ésta creyó hacerla un honor nombrándola dama de palacio.

Y madrina dice con una mueca de seriedad:

—Esta mujer es muy fantástica. Temo que usted no la trata con la debida firmeza.

La señorita Noemi baja la cabeza, sintiendo haber merecido el reproche. Reconoce su insuficiencia y su debilidad. ¡Ella firmeza para con Orasia, que tiene nariz y barba y hasta bigote; para con Orasia, viuda de un gendarme, cuadrada de hombros y muy mamífera, ¡oh, sí, muy mamífera! Sonríe humilde-

mente y no contesta. Por otra parte madrina sabe perfectamente como marchan las cosas, sabe que no puede imprimirseles otra dirección. Pero oficialmente la señorita Noemi tiene autoridad sobre Orasia. Madrina no ha hecho más que exponer un principio. Los principios son para ser expuestos.

Nuevo silencio; luego la señorita Noemi se sonríe á sí misma y á media voz—así madrina podrá á su antojo abandonar ó proseguir la conversación—murmura en tono de convicción:

—Por los retratos, Minnie parece muy graciosa.

Madrina inclina la barba, de manera que no niega pero tampoco aprueba. Sólo la vió por unos instantes á su paso por Burdeos, lo cual es insuficiente para formar de ella juicio definitivo. No obstante, cuando se tiene la edad y experiencia de madrina, con sólo una ojeada basta para formar una idea que casi siempre vienen á robustecer los acontecimientos. Ciertamente, Minnie no le desagradó. Claro, no hay que dudarle; la niña, separada de sus padres, sintiéndose completamente forastera, no aparecerá en toda su graciosa desenvoltura. Será cual un pobre pajarito azorado; por esto la señorita Noemi ha de procurar tratarla con cierto cuidado y no zaherirla. La idea de que la señorita

Noemi, falta de cejas y de barba, con los mitones que le cubren la mitad de los dedos, pueda zaherir á alguien, es cómica idea... Con todo, la señorita Noemi escucha gravemente la advertencia. No, no; hará lo que madrina le dice, procurará no zaherir á Minnie. Pero, ¿y si Minnie la zahiriese á ella?... La señorita Noemi no formula esta hipótesis tan contraria á los principios.

—No obstante, señorita Noemi, le ruego á usted especialmente que procure tratarla con mucha firmeza. Temo que la niña esté abominablemente mal criada.

La señorita Noemi mueve la cabeza con aire tranquilizador. No, no, la hija del señor Mauricio no puede de ninguna manera estar mal criada... Madrina con un enérgico mohín la deja sin palabra y le hace hundir el cuello entre los hombros. ¿Qué sabe de eso la señorita Noemi? Ciertamente, Mauricio era un buen muchacho y no ha perdido sus méritos, ¿pero quién asegura que tenga las cualidades que requiere la educación de una niña? Y, dada la azarosa existencia que lleva, ¿cómo es posible que pueda dedicarse al cultivo de su educación? Sería muy raro que á una criatura nacida en las colonias no le quedara algún resabio de la dejadez é incuria criollas. Y además, ¿halló Mau-

ricio en su esposa el concurso necesario?

Ante tan delicada pregunta la señorita Noemi juzga prudente callar su opinión. Madrina prosigue: No es que la esposa de Mauricio le produjera mala impresión. Al contrario; se portó con madrina lo más amable y solícitamente que puede darse. Pero parece harto frágil y nerviosa. Y además la perjudica un defecto muy molesto: no fué educada en un convento.

¿Usted me dirá que no solo en el convento puede recibirse buena educación? En efecto, la señorita Noemi podría decir esto. Pero también podría no decirlo, por lo cual se contenta con lanzar un débil cloqueo ambiguo. Madrina se da por satisfecha y reconoce que la esposa de Mauricio es sumamente encantadora. Pero la sorprendería que aquella mujer delicada y enfermiza hubiese acertado á llevar á cabo una tarea tan compleja como la educación de un hijo. Indudablemente habrá en Minnie muchas lagunas é imperfecciones. La señorita Noemi no puede en cuatro ó cinco semanas modificar todo un sistema de educación, pero mediante un poco de tacto, paciencia y una perseverante y tenaz energía puede influir en Minnie del mejor modo posible. No obstante, lo que por ahora importa, para

infundirle confianza, es que el pobre pajarito que está á punto de llegar, azorado y tembloroso, halle una buena acogida y un corazón bien dispuesto á recibirle... Madrina, claro está, en lo que á esto se refiere, nada tiene que recomendar á la señorita Noemi... Su voz se ha suavizado; la señorita Noemi siente que le acuden lágrimas á los ojos. Abre y cierra repetidamente la boca sin decir palabra. ¡Ah, si para demostrar sus buenos deseos pudiera hacerse trizas é imponerse una tortura!

Tras una pausa, la señorita Noemi tose y prosigue:

—El señor Geoffroy decía el otro día que la niña era muy despejada para su edad.

¡El señor Geoffroy! ¡Bah! La boca de madrina se contrae con una mueca desdefiosa y su rostro toma un talante marcial entre los plateados bucles. Los magistrados abuelos suyos no miraron jamás con desdén tan abrumador á los infortunados que esperaban temblando sus sentencias. Madrina pronuncia la suya en tono decisivo. El señor Geoffroy no tiene autoridad ninguna. No sabe nada de la infancia. ¿Con qué derecho iba á juzgarla?

Hace veinte años ó más que, tres veces por semana, el amigo Gouf llama tímidamente á la puerta de madrina, entra

en el salón, se sienta al borde de una silla y habla del tiempo, de los hombres y de las cosas con talante tan humilde y conciliador que sus pobres observaciones ó son escuchadas con interés condescendiente ó enérgicamente contradichas.

El padre del amigo Gouf fué secretario del Vidamo de Valfroy (así se llamó el esposo de madrina) y gracias á un continuo y tenaz sacrificio, á pesar de las locuras del pródigo hidalgo, pudo salvarle á madrina algo con qué viviese. Madrina reconoció sus servicios obsequiándole con una cajita de rapé, en otro tiempo ofrecida á un Valfroy por el duque de Richelieu en persona. Y cuando el buen hombre murió, ella dijo al politécnico que heredaba su nombre obscuro y unos sacos henchidos de relucientes escudos, que considerase siempre como suyo el hogar que su padre había librado de la ruína. Pero entiéndase que tal oferta no debía tomarse al pie de la letra, pues madrina no era mujer que olvidara la distancia que exige el rango entre la viuda de un marqués arruinado y el hijo de un rudimentista millonario. Gouf, por su parte, a pesar de sus teorías anarquistas sobre las cuales musitaba á veces ininteligibles conceptos, se ha sentido siempre cohibido en presencia de ella.

Doquiera que se hallare, aun delante de sí mismo, el amigo Gouf se sentiría incómodo, pero en ninguna parte se halla tan mezquino como en el salón de madrina. Aunque los derechos del hombre le constituyan su igual, él echa de ver humildemente su inferioridad. Diga lo que diga, haga lo que fuere, se siente juzgado y alcanzado por irrevocables decisiones. Y jamás, al marcharse, franqueó el umbral del salón sin lanzar un suspiro de alivio.

Sin embargo, desde hace veinte años ó más vuelve allí continuamente, volverá siempre. ¿Por qué? Acaso porque en el vetusto salón anticuado y sombrío, se siente muy lejos del París moderno, vocinglero y vulgar, y por algunos momentos puede olvidar que existe; quizá porque el perfume de espliego, de reclusión y de moho, que allí se respira, cosquillea deliciosamente las aletas de su nariz de escéptico, tan sentimental. Será también porque sabe que allí, á medida que transcurre el tiempo, los visitantes van haciéndose más raros: ya no son más que cuatro ó cinco viejos de antaño los que, de vez en cuando, van á sentarse en aquellos incómodos sillones. Irá también porque si renunciara á sus visitas, él á quien con frecuencia acogen con sofiones y anatemas, madrina aún se vería más aislada en aquel in-



menso París susurrante y egoísta. El es el único eslabón que la une á la vida exterior. Desaparecido él, madrina quedaría sola, como muerta.

Y para llevarle con regularidad las noticias del mundo y someterse á sus rigurosos juicios, el amigo Gouf aun tiene otra razón y es que sabiendo guiar á madrina, por una serie de hábiles maniobras, puede sentarse frente al retrato de Clara-Angélica.

Clara-Angélica es la bellísima criatura vestida de tul rosa que sonríe encima del piano, en medio de los graves retratos sombríos. Es la hija que tuvo madrina en ocasión en que ya no se atrevía á esperarla. Y pronto habrán transcurrido veinte años desde que murió víctima, en tres días, de la difteria, dos años antes de casarse con el señor Conde de Fosseux, su prometido.

Clara-Angélica es la única mujer á quien amara el amigo Gouf. Amóla ya muy niña, cuando era un angelote mocososo que pretendía alcanzar el sol con sus manos chiquitas. Amóla cuando era mozuela turbulenta, de trenzas pendientes y con los dedos siempre manchados de tinta. Amóla con toda su alma, con todo el sufrimiento exacerbado de su pobre corazón tímido cuando ella, ya joven, se abandonaba alegremente en brazos de los que la invitaban á valsar,

cuando él, juzgándose feo, amarillo y ridículo, quedábase acechándola arriado al alféizar de una puerta, sin atreverse á invitarla siquiera. ¿Sospechó ella su amor? Es posible que no. ¿Y madrina? ¡Quién sabe! Sea como fuere, su afectada benevolencia no dejó entrever nada. Después de todo, ¿cómo sospechar semejante insolencia de aquel inofensivo pobre diablo: el chico Geofroy? Cierta día, en tono el más natural, sin el menor embarazo ni miramiento le anunció los desposorios de Clara-Angélica. El amigo Gouf no pensó en matarse porque comprendió que ello hubiera sido indiscreto. Pero creyó experimentar el más terrible sufrimiento de su vida. No obstante, cuando, tres semanas más tarde, se enteró de la muerte de la joven, vió que se había equivocado. Desde entonces, la charla del amigo Gouf, en cuestiones de amor, se volvió muy cínica. Mas no hay para él horas más dulces en este mundo que las que pasa frente al retrato de Clara-Angélica, mientras la voz lacrimosa de madrina vitupera las infamias de la política y declara la disolución de toda moral...

El reloj Imperio, siempre preciso, dá las cinco.

—Si el tren no viene con retraso, ahora mismo deben de entrar en la estación.

Pero madrina hace un mohín de desprecio indicando que el tren llevará retraso, y la señorita Noemi mueve la cabeza con aire de asentimiento. Madrina no es enemiga del progreso, siempre que este no afecte al buen sentido. Si dice horrores de los automóviles, en cambio admite los ferrocarriles, aunque prefiriendo las antiguas diligencias bajo muchos aspectos. La organización de los ferrocarriles, las estaciones, su administración, son deplorables. En el fondo, ¿qué excelencia presenta nuestra pobre Francia, después que nos la desfiguraron? ¿No marcha todo de mal en peor? Atravesamos una mala época.

Y siguiendo la asociación de ideas que de un hecho particular conduce á madrina á englobar en su pesimismo toda la vida contemporánea, la señorita Noemi dice a media voz:

—A propósito, señora; esa gente del segundo piso...

Más vivamente, por cierto, de lo que permitiría un extricto sentimiento de la dignidad, madrina ha levantado los ojos.

—¿Qué?

—Pues que no se van.

Madrina no es amiga de hacer aspavientos. Así que no abandona su labor, pero apretando los labios levanta por un instante los ojos al cielo y sacude la cabeza con aire apesarado.

Hace cuarenta años que madrina habita en el antiguo departamento de la calle de Varennes. Es incómodo, triste, y sombrío; pero, situado en el primer piso, en el fondo de un doble patio, está al abrigo de los ruidos callejeros, y por detrás dá á los jardines de un convento. Y además, madrina tiene allí todos sus recuerdos. Su vida entera está allí encerrada.

No obstante, tres años ha, estuvo á punto de desalojarlo. La vecina, la marquesa de Prebins, que desde hace veinticinco años vivía en el tercero, murió. Sus habitaciones quedaron vacantes y fueron alquiladas. ¿Por quién? Por el señor Péborde, diputado radical socialista por Haut-Ariége.

La señorita Noemi no olvidará jamás el día del cataclismo. Fué una mañana de octubre, un miércoles. En el momento en que volvía de misa, la portera, aterrada, le dió la noticia. Acababa de alquilar el piso un diputado. ¡Señor, qué diputado! Un... un anticlerical hurraño que había votado la expulsión de las congregaciones y pidió la agravación de la ley de separación. Y venían con él su compañera, una urraca provinciana, que vestía como una *cocotte*, y tres criaturas, tres pobres seres que no estaban bautizados... Sofocada, la señorita Noemi, no supo responder